

Eugenio Orrego

## Don Luis Orrego Luco

### I

PRIMEROS AÑOS — ESTUDIOS EN EUROPA — RUBÉN DARÍO



ON Luis Orrego Luco nació en Santiago el 18 de mayo de 1866, en el hogar de don Antonio Orrego y Garmendia y doña Rosalía Luco y de la Barra. Era el hijo menor en una familia que produjo sabios, escritores y artistas en medida no igualada en ninguna de Chile, acaso con excepción de los Vicuña y los de la Barra: su hermano Augusto, primogénito, iniciaba la serie ilustre que produjo, al gran novelista nacional, único tal vez en América dentro de sus predilecciones, que abarcaría el estudio psicológico de las clases altas y el análisis de los problemas de un mundo nuevo en evolución.

Los Orrego eran de origen portugués (Dorrego), apellido que se mantuvo en la línea argentina del prócer de la Independencia rioplatense coronel Manuel Dorrego y cambió en Chile por de *Orrego*, transformado más tarde con la supresión de la partícula inicial, que no se avenía con las ideas republicanas de 1810. Pero la savia intelectual hallaba su mejor fuente en los Luco, familia entroncada, según la tradición, con antiguos mo-

narcas españoles, que se cruzó con de la Barra en su abuela materna, doña Mercedes, en cuya sangre bullía la de un tío, el Padre López, poeta y hombre de raro ingenio. Cabe anotar que de los López vienen varias familias de escritores (don Alberto Blest Gana el novelista y su hermano el poeta don Guillermo, los Huneeus Gana y otros).

Su padre era hombre de empresa, con gran capacidad para los negocios, que se arruinó por hacer honor a los compromisos de un hermano. La madre, mujer de fina sensibilidad, dotada de admirable belleza y preclaras condiciones morales, supo, perdida la fortuna y viuda cuando aun era joven, formar a sus hijos en escuela de sacrificio, de devoción al deber, de patriotismo arraigado; virtudes que pudo ver reflejadas en dos de sus hijas—doña Mercedes y doña Clemencia—cuyas vidas fueron realmente ejemplares.

Era medio propicio como pocos el que tuvo en los años de formación.

Cuando aun no cumplía doce de edad, doña Rosalía se trasladó a Europa con él y sus hermanas solteras, colocándolo en uno de los más famosos colegios de Suiza donde hizo los primeros estudios serios, fundamento de vastísima cultura, que se prolongaron hasta 1880. El chico, exuberante, imaginativo, dotado de cierto magnetismo que le serviría de llave para sus primeros triunfos, supo concitarse la simpatía de sus compañeros en un mundo infantil cosmopolita en donde era único representante hispanoamericano. Toda la vida recordaría, por ejemplo, el homenaje que en su persona se hizo a la epopeya chilena de la *Esmeralda*: una tarde de primavera, en los primeros días de junio de 1879, cuando hasta ese rincón de Suiza llegó la noticia del sacrificio de Arturo Prat, todo el colegio desfiló ante él, como expresión de la simpatía mundial despertada por una hazaña cuyo valor pedagógico apreciaron debidamente sus maestros. Esa actitud de los condiscípulos europeos debió influir en la formación de su carácter.

En plena guerra del Pacífico llegó a Valparaíso, de retorno, conociendo tres lenguas de modo casi perfecto: francés, alemán e italiano, y, lo que es más interesante, sin que la propia hubiese pasado a segundo término. Le pusieron en el Instituto Nacional, donde permanecería un año, hasta completar los estudios secundarios; ahí obtuvo, en premio, algunas medallas de oro y plata con la imagen de don Andrés Bello, patrono de la educación pública oficial. Recibido de bachiller en Humanidades pasó a la Universidad de Chile, donde cursó estudios de Derecho hasta recibir el título de abogado.

Y comenzaron los años de mocerío en el viejo Santiago, donde todavía resonaba la voz y brillaba la acción cívica de Vicuña Mackenna, con cuya hija segunda había de casarse andando el tiempo. Era una capital bellísima, con profundo tono aristocrático, cuya Alameda, poblada de palacios y de estatuas de mármol esculpidas en la Francia del Segundo Imperio, deslumbrara a Darío.

Muy joven—la vocación intelectual se impone temprano en los países latinos—se entregó a tareas periodísticas, ingresando a la redacción de «La Epoca», donde figuraban el futuro autor de *Azul...*, don Manuel Rodríguez Mendoza, don Alfredo Irarrázabal Zañartu y otros escritores que hacían las primeras armas. Darío había llegado recientemente, con las magras carnes envueltas en una levita pasada de moda, y saldría llevando la maleta llena de ejemplares de sus primeros libros: era el fardo de la gloria...

Con Rubén, el «indio triste», trabó honda amistad, hecha de mutua comprensión y respeto, que, con las inevitables alternativas de los años en que la sangre arde, se prolongaría hasta la muerte del poeta, y más allá. Frecuentaron juntos las tertulias santiaguinas, singularmente la de Pedro Balmaceda en el palacio de la Moneda, donde con el hijo del Presidente y Alberto Blest Bascuñán formaron un terceto de mosqueteros, al que se sumarían Narciso Tondreau, Alfredo Irarrázabal y otros artis-

tas de la guardia joven. En ese medio, a la sombra del palacio de Toesca, Orrego enseñó a Darío las fórmulas del nuevo arte de Francia, con el pobre Lelian, Mallarmé y Rimbaud...

El poeta y el novelista se encontraron más tarde en la España finisecular, en andanzas diplomáticas, y ahí se reanudaron los viejos lazos. Cuando el poeta pensó regresar a la tierra de su iniciación, en el prematuro crepúsculo, fué para él el primer abrazo y el primer llamado. «Mi afecto por Chile se ha conservado el mismo—le escribía de Montevideo el 30 de julio de 1912—después de tan largos días, y han revivido siempre en mí aquellas pasadas horas». El figuraba entre quienes «la gloria chilena debe coronar»: «usted, mi querido Lucho, que ha producido una de las novelas más intensas de estos últimos tiempos, y que si se hubiese traducido a un idioma internacional, como el francés, le habría dado mucho renombre y provecho»...

Los primeros trabajos intelectuales que llevaran su firma mostraban ya el anuncio de las calidades que le señalarían como sumo maestro de la novelística chilena. Eran signo de vigoroso esfuerzo concretado a través de los puntos de una pluma elegante, fina, bien cortada. Se veía en esos escritos atisbo de una realidad a cuyo dominio sólo se llega en la madurez del dolor de la vida; había penetración psicológica, don de amenidad, gracia y picardía, con el encanto seductor de lo joven. Escribía crónicas de arte, artículos intencionados, fantasías de tono romántico. Los primeros cuentos datan de entonces y en ellos, notas de una alma embriagada por el descubrimiento de la vida, se advierten esas condiciones; varios, acaso los mejores, serían incorporados en Madrid a su primer libro: *Páginas Americanas*.

Los años respiraban plenitud. En el amanecer los colores tienen matices delicados y el paisaje, levemente, lentamente, va encendiendo sus tonos. Todo sonríe, todo parece nuestro. Nadie nos zahiere; no hay acritud en las miradas que salen al encuentro. ¿Por qué dudar de que es nuestra el Alba de Oro? Pero las sonrisas pasan, las mentidas benevolencias se encogen en un rictus.

y he ahí la realidad, hosca, dura, que llega a envenenar las aguas del banquete. Cuando los oros de la mañana comienzan a palidecer, el hombre descubre la soledad y conoce el secreto que se esconde en el fondo de la copa. ¡Felices aquellos que retuvieron en la pupila algún perdido resplandor de la gracia del alba!

## II

### AL TRAVÉS DE LA TEMPESTAD

Desde su observatorio del Archivo de Gobierno, en el Ministerio de Interior, pudo presenciar los signos precursores del movimiento revolucionario que se gestaba desde hacía años, fruto del sordo descontento con que el país presenciaba la intervención oficialista en las elecciones. La Moneda tendía sus tentáculos por los más ocultos y distantes rincones y los poderes públicos se generaban a sí mismos con prescindencia de la voluntad nacional; este vicio, que venía acentuándose desde las elecciones presidenciales de 1876, en donde el Ejecutivo arrebató el triunfo a Vicuña Mackenna, Candidato de los Pueblos apoyado acaso por las cuatro quintas partes del electorado, cavaba el prestigio gubernativo, llegando a constituir estado de verdadera obsesión colectiva. El Presidente Balmaceda, que ocupaba el poder desde 1886 y cuya administración fué progresista, honesta y laboriosa como pocas, no supo o no pudo reaccionar contra prácticas que todos censuraban y cometió el error de estimar como atentatorias a las prerrogativas de su cargo las justas reclamaciones, que en el Congreso y en la prensa opositora revestían lenguaje de violencia. Las cosas llegaron a términos en que ya nadie quería ceder, ni dar oído a las voces de cordura que el Metropolitano Casanova pronunciaba desde el púlpito. Rachas de locura parecían sacudir a las gentes, oscureciendo la visión y exaltando los ánimos más templados. El 7 de enero de 1891, la Escuadra se levantó bajo el mando del capitán de navío don



Jorge Montt, quien encabezó en Iquique la Junta de Gobierno de las fuerzas revolucionarias.

Había estallado la tempestad.

El joven literato, que escribía en «La Epoca» y cuya generosidad se sentía solicitada por quienes invocaban el respeto a la constitución y a las leyes, reconoció filas en el vasto movimiento reformador que sacudía al país. Sus amigos tomaban las armas, y él se embarcó cierta noche en un vapor que partía al Norte, ocultándose en las bodegas, con riesgo de su vida. Llegado a Iquique, el Gobierno revolucionario, cuya cancillería estaba a cargo del ilustre tribuno don Isidoro Errázuriz, le ofreció la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, destino que le abriría temprano las puertas de la política, pero rehusó el honor, prefiriendo enrolarse en el ejército constitucionalista. Ardía la sangre en sus venas y quería vivir la peligrosa aventura. Terminado el adiestramiento, alcanzó por sus aptitudes el grado de Capitán en el Chañaral 5.º de línea, regimiento al que cabría papel importante en la guerra civil.

Embarcado en la Escuadra, con sus tropas, descendió con ellas en Quintero, tomando parte, en agosto, en la batalla decisiva de Concón. En el curso de la acción recibió tres heridas, una de las cuales en la mano derecha, cuyo juego nunca recobraría por completo.

El escritor, convertido en héroe, pudo actuar en la batalla como actor y testigo a la vez, pues recogía por todos sus sentidos las impresiones que andando el tiempo vaciaría en una de sus novelas más notables: *Al través de la tempestad*, donde se muestra, en relato de un realismo impresionante, lo que fué aquella jornada, la más dramática en la historia de las guerras civiles chilenas.

Herido, cubierto de sangre, con la espada empuñada en la mano izquierda, siguió a caballo, a la cabeza de sus tropas, dándoles ánimos con voz recia, que los padecimientos—verdadera agonía interior—no debilitaban. Pero los últimos impactos lo

postraron y cayó, sin interrumpir las palabras de aliento, superior al dolor, impulsado por ese ímpetu interno que sólo conocen y pueden comprender quienes han vivido la realidad horrible de la guerra. —«¡Adelante, muchachos! La victoria es nuestra... ¡Adelante!... ¡Adelante!»...

Se le creyó muerto y por las filas diezmadas pasó una ráfaga amarga. —«Lucho Orrego cayó como un héroe»—decían sus compañeros de armas, en el vivac nocturno, después de la victoria. Le recogieron y fué conducido a improvisada ambulancia, en las casas de Concón. Más tarde, ocupado Santiago por las tropas vencedoras, le llevaron a su hogar, donde tuvo larga y difícil convalecencia. Era otro aspecto más del dolor de la guerra que penetraba a la sensibilidad del novelista.

### III

PRIMERAS ANDANZAS DIPLOMÁTICAS—LA ESPAÑA FINISECULAR—  
«PÁGINAS AMERICANAS» Y «PANDERETA»—EL BRASIL DE PEI'OTO

En 1892, el apuesto Capitán de viva mirada y boca siempre presta a la sonrisa, ascendido a Sargento Mayor por su comportamiento militar, recibió nombramiento de secretario de la Legación de Chile en España, sin perder su rango en el Ejército. En la juventud las maletas viajeras siempre están prontas y el novel diplomático vió alejarse las costas de la patria con el corazón ancho. Después de la gloria de las batallas, ¿no le aguardaba, por ventura, esa otra más dulce de las letras? Iba a la conquista del mundo.

En la villa y corte no tardó en desempeñar la jefatura de su misión con el carácter de Encargado de Negocios. Antiguos conocidos le salían al paso. Ahí estaba Rubén Darío, su compañero de sueños. Pronto se le abrieron todas las puertas y las figuras principales de la España finisecular llegaron a serle familiares: Conoció a Cánovas del Castillo, fué amigo de don Juan

Valera, que le dedicó gentilmente un ejemplar de *Pepita Jiménez*; frecuentó a la Condesa de Pardo Bazán en su casona, a Menéndez y Pelayo, a Núñez de Arce, a don Ramón de Campoamor, el de las *Doloras*; intimó con don Manuel del Palacio. Iba de los viejos ilustres a los mozos en fruto, con curiosidad insaciable. La Castellana le vió en sus paseos de invierno, el Prado con sus tesoros de arte y Alcalá o la Gran Vía con sus cafés, en donde Madrid vaciaba el ingenio de sobremesa. Debió sonreírle la Reina Regente, doña María Cristina, que fué el mejor soberano de aquel siglo. Debió sonreírle la vida en el colmado bagaje de posibilidades y enseñanzas que guardan las viejas culturas.

Escribía. Escribía y soñaba. Algunas novelas cortas, cuentos a la francesa, como las *nouvelles* que París ponía de moda, vinieron a sumarse a las que había hecho en Chile y con lo que le pareció mejor compuso un libro que editó Fernando Fé en una edición similar a las de Clásicos Castellanos, donde alternaban Valera, Hartzenbusch, el Duque de Rivas, Menéndez Pelayo, y toda la flor de la España fin de siglo. En *Páginas Americanas*, primera obra, con bautizo en la crítica madrileña y en las vitrinas de la villa y corte, brillaban muchas de las mejores cualidades que más tarde se expandirían en sus novelas: perspicacia, observación aguda, sal, amenidad, y sobre ello, como velo sutil, ese vaho armonioso de la mocedad, con su encantador y delicado toque romántico. «Los americanos—escribía en el prólogo—tenemos, sin darnos cuenta de ello, un aire marcado de familia. No se trata ya del parecido natural entre personas de una misma raza y de origen común, sino de caracteres propios, de maneras de vivir y de pensar enteramente peculiares a nosotros, y que no existen en la madre patria, o porque se han borrado con el transcurso de los tiempos, o porque son productos exclusivos del medio americano». Decía de sus novelas: «El que las leyere no encontrará en ellas ni descripciones de nuestras montañas ni de nuestras selvas; eso queda para los poetas, y yo, desgraciadamente, no lo soy. Trato simplemente de percibir y de reproducir al vuelo



un eco de drama, un sentimiento noble, una sensación brutal, un ensueño, una ternura, un egoísmo, un crimen de seda. Desearía hacerlo con la mayor suma de sencillez posible, como desprendiéndome de mi propia persona y aprovechando la trama de asuntos vulgares a veces para incrustar en ellos observaciones, ligeros apuntes cortados en la carne de la vida».

Entre esas *nouvelles* a la americana pudieran destacarse: *Una mujer admirable*, *La Joya*, *Doña Juanita*, *Viaje al Cielo*, *Angela*. *Los zapatos verdes* y *Sensaciones de batalla*, relato admirable, escrito tal vez en Santiago, donde por primera vez recogía, con la emoción fresca—tinta en sangre, si vale la expresión—sus recuerdos de guerra.

El éxito fué grande. Los aplausos brotaban por doquiera, los periódicos le aplaudían, en los salones había sonrisas de mujer. Mas, en lo mejor de su triunfo, como de ordinario sucede, hubo de hacer las maletas diplomáticas. Y siguió a Francia—París fin de siglo— a Inglaterra y a Italia, de cuyo emocionario ha quedado un raro folleto, de gran belleza literaria, donde se habla de las ruinas romanas captadas en su encanto casi intraducible.

Pero de la España, que le quedaría prendida por siempre a las retinas del recuerdo, hay otro libro suyo, que él tenía en mucho: *Pandereta*, dado a la estampa en Santiago, en 1896. En sus páginas hay una visión general del Madrid que vió y conoció; por ellas desfilan muchos de los hombres notables de aquel tiempo, con sitios, calles, costumbres y modas. Un breve período de la vida madrileña aprisionado en las cautivadoras páginas de un libro evocador.

El diplomático, trasladado a Brasil, conoció Río de Janeiro en el tiempo del mariscal Peixoto. Había terminado hacia poco el Imperio, con la caída de don Pedro II, cuyo largo reinado fuera pacífico y progresista como pocos. Hallábase gozando del encanto de la ciudad antigua, engastada en bahía de magia tropical, cuando surcaron las aguas los fuegos de artificio de una nueva

revolución. En su casa recibió asilo una de las figuras más connotadas, el ilustre orador Rui Barbosa.

## IV

EN CHILE: A LA SOMBRA DE LA QUINTA DE VICUÑA MACKENNA

De retorno a la patria, fueron quedando arrumbados los uniformes que vistiera con brillo y honra: junto a las galas diplomáticas la espada gloriosa de 1891. El joven se consagró a la profesión y a afanes periodísticos y literarios, de que fueran frutos *Pandereta* y *Un mundo muerto*. *Pandereta*, editada por Rafael Jover, el viejo editor español de Vicuña, fué saludado por la crítica de la época como obra de primer orden, que venía a reforzar el prestigio ganado en Madrid con *Páginas Americanas*; los éxitos se atropellaban a su encuentro.

De esas labores, que siempre le serían gratas, vino a sacarlo el Presidente Montt, su antiguo jefe de Iquique, quien le designó Intendente de la provincia de Colchagua, donde tuvo oportunidad de mostrar por primera vez las condiciones de político y hombre de Estado que fueron características importantes, claramente señaladas en su personalidad. Pronto, sin embargo, otras inquietudes lo apartaron de la administración, pues se dedicó algún tiempo a la agricultura en un fundo que había adquirido en Curicó. Mas no apuntaban por ahí sus aptitudes y a la postre hubo de renunciar a ellas; sólo una vez insistió en sus años viejos, con mal suceso, adquiriendo por breve tiempo una hacienda en Panquehue, que deslindaba con la viña Errázuriz.

Había sonado la hora del amor.

En junio de 1896, en la Iglesia de la Asunción, en el histórico Camino de Cintura, contrajo matrimonio con doña María Vicuña Subercaseaux, hija segunda de Vicuña Mackenna. Era la novia una niña de delicada belleza, que a su bondad evangélica unía dotes de ingenio singular—el *esprit* francés de sus abuelos

Subercaseaux—combinadas con la hondura de su padre, del que también heredó la condición de escribir. Bondad, simpatía irresistible, inteligencia clara, ingenio chispeante, cultura nada común para las costumbres de la época, que relegaban la mujer al hogar, con trato superficial en las trivialidades del gran mundo.

Recién casados fueron a vivir a la casa materna, en la Alameda de las Delicias cerca de la Gracitana Nacional, donde vino al mundo el hijo primogénito, Luis Benjamín, el 6 de mayo de 1897. Ese hijo, que debía ser el primero en los afectos, en la heredada inteligencia y en la riqueza y dones de un alma superior, partiría con prisa de la vida, en la frontera de los veinte años, cuando había alcanzado reputación como poeta y comediógrafo.

A fines de ese año el matrimonio se trasladó a la Quinta Vicuña Mackenna, donde vivieron hasta comienzos del nuevo siglo en el hogar del prócer, junto a doña Victoria Subercaseaux, que continuaba cumpliendo la labor cívica y social que llenó su vida. En el parque magnífico, en los salones del palacio, que la viuda había reconstruido, se reunía la tertulia intelectual y política más interesante de la época. Pero la ingratitud chilena se cernía sobre el hogar del hombre que más había hecho por el engrandecimiento de su patria, igualando al Libertador O'Higgins, cuyas hazañas describió en páginas eternas. Corrieron vientos de adversidad y la fortuna fué arrebatada...

Los Orrego Vicuña se trasladaron nuevamente a casa de doña Rosalía Luco, que habitaba en la calle de los Huérfanos, entre San Martín y Manuel Rodríguez, donde nació el autor de estas apuntes. De ahí fueron a vivir a Villavicencio 361...

## V

### «UN IDILIO NUEVO»

Hacia 1900 Orrego Luco publicó la primera de sus grandes novelas: *Un idilio nuevo*. Había aparecido primero en las páginas

de una revista, y luego en dos pequeños volúmenes, con título de primera y segunda parte. Así, pues, la edición de 1912, corregida por el autor, vendría a ser la tercera.

El ambiente era propicio. Un solo novelista de grande envergadura había tenido Chile, don Alberto Blest Gana, y aun cuando su ingenio brillaba en nuevas producciones, el estilo y las modalidades en que sobresaliera no correspondían, momentáneamente al menos, al gusto de la época. El escritor que le sucedió en el favor público, casi sin transición, empleaba técnica nueva, visión penetrante, pluma vigorosa, y ponía en escena otro medio, otros temas, otros personajes. Narrador eximio, poseía, como todo gran artista, admirable sentido de la arquitectura y del juego de combinaciones que mueven el relato y despiertan el interés del lector. Sabía animar sus personajes con vida poderosa, conocía el corazón humano, había estudiado a fondo el medio social en que hasta entonces viviera. Todos estos factores debían darle triunfo rápido.

La novela psicológica en Sudamérica nace en realidad con Orrego Luco, pues los escasos cultivadores contemporáneos no hicieron obra de interés permanente. El escritor, subordinando los aspectos costumbristas y lo meramente narrativo, esgrimía el escalpelo y penetraba en la carne viva de su tiempo; ese análisis, valiente, sobrio, vigoroso y preciso a la par, daría a sus libros valor de documento humano, aparte de las calidades de orden artístico, de la creación personal. Por primera vez subía a escena el mundo aristocrático y los héroes actuaban en su propio centro, en los salones y tertulias de las grandes familias que todavía gobernaban el país—con honestidad y eficacia, vale reconocerlo—en la vida de club, en el amplio escenario de la capital, con el Cerro Santa Lucía, el parque Cousiño, la Quinta Normal y la Alameda de los palacios que sedujera a Darío. Ese cambio de ambiente era por sí solo acicate de interés, a lo que se añadía la novedad en el estilo, la mutación de lo narrativo a lo psicológico, el arte lleno de seducción y gracia que mostraba la nueva no-

velística. La figura ilustre de Blest Gana se desplazaba para ceder el primer lugar al futuro autor de *Casa Grande*.

*Idilio nuevo* tiene menos fuerza que la novela maestra de Orrego Luco, pero, posee, con las principales virtudes de su escuela, una suerte de frescura deliciosa, con olor a juventud, a descubrimiento de vida, a gracia delicada; algo como maestría virgen, si vale el término.

El tema, verdadero acierto de sencillez, rueda en la historia de los amores de un joven que llega de provincia a conquistar la capital y encuentra la mujer soñada, que no ha de ser suya porque lo impide su pobreza en un mundo en que las preocupaciones económicas, unidas a rigorismo feudal en las relaciones familiares, le salen al encuentro, oponiendo dique insalvable. Los protagonistas ocultarán sus desencantos bajo la gracia del abanico o en la sonrisa dolorosa que apenas mueve la pechera del frac en una noche de baile. Pasado el estallido dramático, que el autor prepara sabiamente, quedará el recuerdo, fresco, juvenil, imborrable, del más hermoso sueño, aquel que nunca pudo epilogarse en los desencantos crudos de la vida que nos hiere y nos derrota.

En el protagonista había mucho del autor, naturalmente—Antonio Fernández y la heroína femenina—Julia—la delicada niña, romántica y virginal como eran las muchachas de entonces (y como será siempre cierto tipo de mujeres, porque hay formas y modalidades que corresponden a determinados tipos de sensibilidad, a cierto género o familia de almas), era una gran dama de la sociedad santiaguina que guardó siempre el recuerdo saudoso de aquel amor.

## VI

«1810»

En 1905 apareció una obra cuyas características especiales en su novelística la diferencia singularmente del resto de su

producción literaria. Con ella pensaba iniciar una serie de episodios nacionales, al modo de Pérez Galdós, que abarcarían la historia de Chile desde los albores de la Independencia. Era idea, probablemente, que vendría germinando desde España, donde conoció al ilustre autor de *Trafalgar*, y comenzaba a traducirse en fruto después del éxito de *Idilio nuevo*.

En *Memorias de un voluntario de la Patria Vieja*, cuyo primer volumen se tituló *1810*, emplea, como en *Idilio nuevo*, el procedimiento directo: habla, actúa en primera persona el protagonista (procedimiento que vuelve a usar en *El Tronco Herido*, veinte años más tarde). Ese episodio inicial registra la gestación del movimiento revolucionario de septiembre y describe con dramaticidad, destacada sobre el fondo emocional vibrante de la época, el motín de Figueroa, con sus trágicas escenas que se desarrollaron en el espacio de pocas horas, siguiendo esa unidad que pedían los clásicos.

Orrego Luco construye su obra con gran sobriedad, en plano arquitectónico limpio de artificio. Los sentimientos de los conductores y caudillos, la contagiosa reacción de las masas rara vez solicitadas por el tumulto de las pasiones colectivas, lo patriótico en las almas jóvenes, estremecidas ante la proximidad de la heroica aventura que viene a sacudir los espíritus sumidos en la modorra colonial, despertándolas de esa siesta de tres siglos a calzón quitado, de que habla Vicuña Mackenna, hallan en el autor un intérprete de aguda sensibilidad. El retrato de Martínez de Rozas está hecho con pincel que conoce el arte sutil de los matices, de los claroscuros, de las notas de luz que destacan junto a las manchas de gris y de sombra.

Hay páginas de *1810* que Goya hubiese amado.

¿Por qué él interrumpió la serie que tan admirable fruto prometía? La historia es muy sudamericana: se agotó en pocas semanas una copiosa edición y casi todos los libreros y correspondientes de provincia se robaron su producto, en forma que

resultó pura pérdida para el autor, quien hacía de editor al mismo tiempo (la industria editorial se hallaba en colapso desde la muerte de Jover).

## VII

### SPECTATOR — LABOR DE PRENSA — SELECTA

En el primer decenio del siglo nuevo dedicó nuevamente dos o tres años a las tareas de abogacía, que, en el fondo, sólo le interesaban desde el punto de vista del Derecho Internacional, por el que sintió siempre especial interés. Atendía su bufete, con desgano, en la calle Bandera, acaso en la vecindad de las oficinas de «El Ferrocarril», decano de la prensa santiaguina, donde colaboró largo tiempo, llegando a ser su redactor principal.

La faena periodística no le desagradaba y en ella descolló, porque, cabe decirlo, desde el tiempo de los Arteaga Alemparte, Isidoro Errázuriz y Blanco Cuartín, pocos pudieron comparársele. Tenía, como su hermano Augusto, la garra del oficio, la garra y la clave, que para triunfar en ese orden de actividades se requieren dotes especiales, diversas a las del escritor profesional, pero que suelen combinarse con las de éste.

Con el seudónimo de *Spectator*, que pronto se hizo famoso en el ambiente santiaguino y muy conocido en algunos países americanos, particularmente en Argentina, redactó innumerables artículos sobre temas internacionales, políticos y locales. Escribió para «La Nación» de Buenos Aires y «El Mercurio».

En 1909, en compañía de Ramón Rivas, hombre de clara inteligencia, prematuramente desaparecido, fundó «La Mañana», diario a la moderna, con excelentes servicios informativos, que vino a poner acento de progreso en la capital, y del cual fué Director y redactor principal durante un tiempo.

Ese mismo año fundó «Selecta», la mejor revista de arte que e haya publicado en esta parte del continente, dirigiéndola

durante los cinco años que alcanzó a vivir, hasta comienzos de la guerra europea de 1914. Era una revista primorosamente editada en los talleres de Zig-Zag, en cada uno de cuyos números se insertaban reproducciones de cuadros en el sistema europeo, páginas en color, artículos y cuentos con ilustraciones de Pedro Subercaseaux y otros artistas reputados. El, aparte de artículos especiales, daba cada mes una página editorial con comentarios de actualidad, bajo el título de *Hechos y Notas*. Con ánimo generoso abrió «Selecta» a la colaboración de escritores jóvenes que hacían sus primeras armas bajo auspicios espléndidos. Ahí colaboraron Benjamín Vicuña Subercaseaux, Miguel Luis Rocuant, Carlos Luis Hübner, N. Yáñez Silva, Mariano Latorre y otros que luego alcanzaron notoriedad.

«Selecta» constituye todo un capítulo en la historia periodística de Chile.

(Continuará en el próximo número de esta Revista).